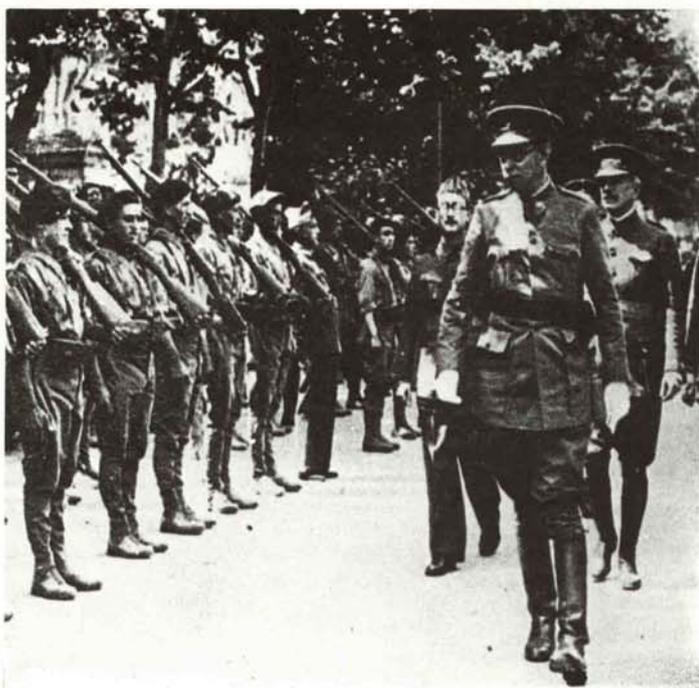


1936

EL 18 DE JULIO



EL 18 de julio de 1936 yo era tal que así, o sea un añito, de modo que cuando me dijeron que había un alzamiento, me salí a la calle con mi añito auestas, dispuesto a no perderme nada, para luego poder escribir libros sobre la postguerra.

En la puerta de mi casa, con el chupete a un lado y una teta de alguien al otro lado, yo lo observaba todo mirando para arriba, bien acuartelado de leche, como se ve, y dispuesto a intervenir si falta hiciera. Pero no hizo falta, porque en seguida se vió que aquello estaba perdido.

Mis ancestros republicanos se subieron al desván a comerse todos los libros de don Francisco Giner de los

Ríos que tenían como oro en paño, y mi ancestra más cercana parece que siguió cerca de mí, porque la teta no se iba. Era la hora de la merienda, de modo que tomé teta y pregunté qué pasaba con Franco.

—Nada, que le está haciendo un romance Foxá y un retrato Zuloaga.

—De modo que ésas tenemos —respondí—. Pues así no vamos a ninguna parte. La causa de la República está perdida.

Parece que don Francisco de Goya quería hacerle un retrato a Azaña, para no ser menos, y Rafael Alberti quería escribirle un romance, pero no había manera, porque por la calle no dejaban de

para los huevos, que los tenía escocidos como cualquiera a mi corta edad. Y empecé acto seguido a escribir libros sobre la postguerra. De la guerra se encargó Hugh Thomas.

Por la calle seguían pasando moros, regulares, alemanes, italianos y camiones yanquis.

Luego pasó don Juan March repartiendo calderilla a los nacionales. Echaba las perras a voleo y los chicos de mi calle las cogían con los dientes. Yo no cogí ninguna porque todavía no tenía dientes y porque nunca me ha gustado lucrarme de la generosidad interesada de los ricos.

Tres años más tarde seguía siendo dieciocho de julio de

1936. Y cuarenta años más tarde seguía siendo 18 de julio de 1936. Yo seguía en la puerta de mi casa tomando nota de todo, que ya me pagaban por tomar nota.

No había cambiado nada. Únicamente yo había cambiado de teta. Ahora, en lugar de alimentarme, escribía sonetos a la nueva teta que tenía a mi vera. Y entre soneto y

soneto hacía una invectiva en prosa contra los nacionales. Pero era 18 de julio de 1936 y los nacionales estaban muy contentos sólo por eso, y yo me metí en casa y mi padre, llorando, me dio una página de don Francisco Giner para que me la comiese. Me la comí sin hambre, porque el hambre había de venir más tarde.

